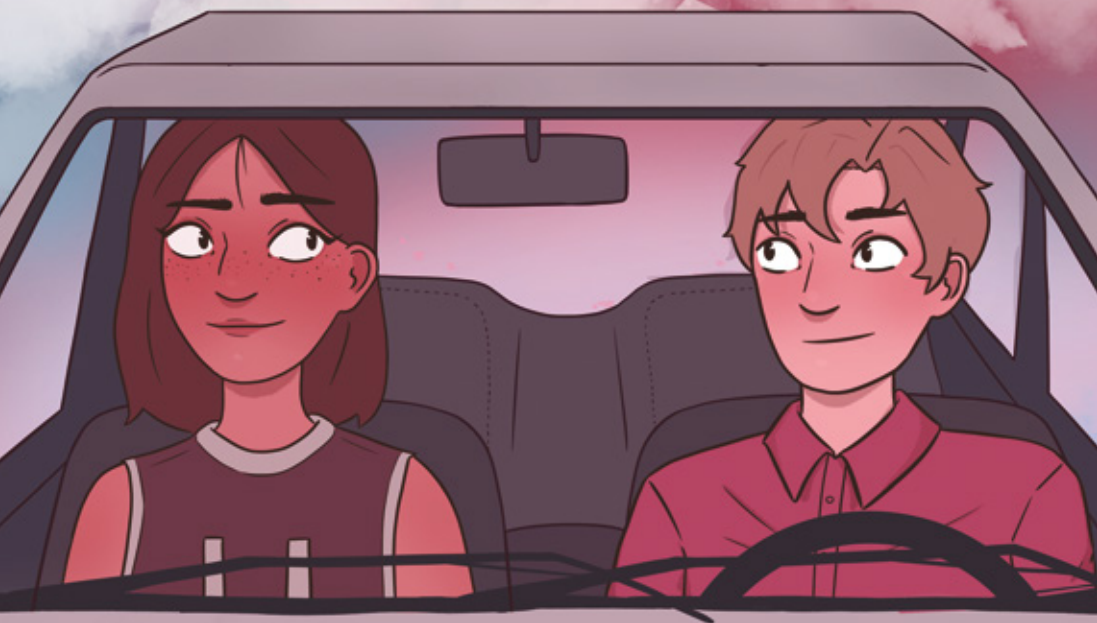


NO DEJES DE SER TÚ MISMO

stay gold



Tobly McSmith

FANDOM BOOKS

Título original: *Stay gold*

1.ª edición: enero de 2021

© Del texto: Tobly McSmith, 2020

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books,
división de HarperCollins Publishers.

Todos los derechos reservados.

© De la cubierta: Clara Cortés, 2021

© De la traducción: Paz Pruneda Gozávez, 2021

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-20-8

Depósito legal: M-29305-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

stay gold

TOBLY McSMITH

Traducción de Paz Pruneda Gozávez

FANDOM BOOKS

*A mi madre:
tu amor por los libros engendró mi amor por los libros.*

PRIMERA PARTE

EL CHICO NUEVO Y LA ANIMADORA

UNO



MARTES. 27 DE AGOSTO DE 2019

PONY. 8:34

Fundido, exterior del aparcamiento. El director imaginario grita «Acción», y la escena se abre con el Chico Nuevo sentado solo en su coche el primer día de clase. Examina su pelo en el espejo retrovisor. Hay un titubeo en sus acciones. Un gesto nervioso. El Chico Nuevo respira hondo y, acto seguido, sale del coche.

¿Habrán vestido correctamente el departamento de vestuario al Chico Nuevo para esa escena? Lleva puesta una camisa negra holgada, de manga corta. Vaqueros azul oscuro. Zapatillas Vans oscuras. Estudia su reflejo en la ventanilla del coche. A veces, con los nervios, utilizo demasiado fijador para el pelo —quiero decir, el peluquero lo hace—. Pero, hoy, todo va sobre ruedas. Se cuelga la mochila y se detiene para asimilar la imagen de su nuevo instituto desde el rincón más alejado del aparcamiento. (El Chico Nuevo tendrá que llegar temprano mañana si quiere conseguir una plaza más cerca).

El Instituto Hillcrest High es un instituto de nivel medio de Texas. He visto suficientes colegios como para reconocer el nivel, puesto que mi padre está en el Ejército y nos hemos mudado

cinco veces. Este está en un edificio vulgar, de dos plantas y construcción cuadrada, con desvaídos ladrillos rojos y una brillante cornisa blanca. Alrededor tiene arbustos bien podados, y una hilera de árboles flanquea la acera, con autobuses amarillos alineados junto al bordillo y una bandera americana ondeando orgullosa por encima de dos enormes puertas rojas. Desde el exterior, no se aprecia nada especial en Hillcrest.

El Chico Nuevo se abre paso a través del enorme aparcamiento. Hay cierta rigidez en su caminar. El sudor propio del calor de Texas le cubre la frente. El Chico Nuevo se mueve inadvertidamente entre los estudiantes que llenan el aparcamiento; están demasiado preocupados por reencontrarse con sus amigos y presumir de sus estudiados modelos para el primer día de clase. Y el Chico Nuevo no es el tipo de persona que atrae las miradas.

Pero si tuvieran que mirar hacia mí, ¿qué es lo que me gustaría que vieran? Tan solo a un chico normal, de estatura normal y constitución normal, que hace las cosas normales propias de la gente de su edad, que vive la vida de un chico normal. Esa es la razón por la que el Instituto Hillcrest es perfecto para mí. Ambos nos esforzamos por ser normales.

Suena una música dramática. El Chico Nuevo se queda paralizado en el bordillo. Ha conseguido atravesar el aparcamiento, pero ahora parece bloqueado. Unas cámaras imaginarias sobrevuelan la escena para capturar un primer plano de su rostro mientras observa el césped del instituto, que se extiende frente a él. Debe de haber varios cientos de chicos hablando, abrazándose y riendo. ¿Por qué llevan todos aparejos de pesca? El Chico Nuevo se llena de pronto de dudas y miedos. Ya no se ve capaz.

La misión es muy sencilla: caminar a través del sendero de cemento que divide el césped del instituto y subir los escalones también de cemento hasta las enormes puertas rojas de entrada. Para cualquier persona, no supondría gran cosa. Pero el Chico

Nuevo guarda un secreto. Un secreto tan grande que hace que las cosas cotidianas, como caminar a través de una multitud de estudiantes, resulten ser las cosas más difíciles que ha hecho nunca.

La secuencia de ensueño del Chico Nuevo comienza a retroceder cómicamente. Se gira en redondo y camina de vuelta a su coche y no regresa más. Nadie lo conoce, así que nadie lo advertirá. El Chico Nuevo termina remando en una góndola por los canales de Venecia para tener dinero en efectivo y comer *pizza*. Fin de la secuencia.

Extraigo el teléfono móvil de mi bolsillo. Tengo un mensaje de mi hermana:

¿QUIÉN ES EL PUTO AMO? TÚ ERES EL PUTO AMO.

Mi hermana tiene razón —siempre la tiene—. Puedo hacerlo. Cierro los ojos y doy un primer paso, como si me zambullera en una fría piscina. Una vez en movimiento, abro los ojos. Mantengo la cabeza gacha, el paso airoso, y finjo no ver a nadie. Como si fuera un día cualquiera para un chico cualquiera. Oigo a la gente hablar y gritar a ambos lados del césped, pero continuo adelante.

Comienzo a subir con mucho cuidado los escalones de cemento que llevan a la entrada. Un resbalón y una caída, con tantos ojos alrededor, acabarían con mi vida aquí antes de que empezara.

En lo alto de los peldaños, el Chico Nuevo se da la vuelta y contempla el césped desde una posición más elevada. Se siente victorioso. ¡Hay tantas caras nuevas! Tantos posibles nuevos amigos. Posibles nuevas novias. *Si nadie descubre mi secreto, las posibilidades serán infinitas.*

Antes de mirar de nuevo al frente, el Chico Nuevo distingue a una chica entre la multitud. La animadora. La encuentra muy guapa, aunque con cara de aburrída, sosteniendo los pom-

pones mientras habla con otra animadora. Sin otra razón que el destino, los ojos de la animadora se cruzan con los suyos. La luz cambia. Una música intensa los envuelve. Todo el mundo en el césped desaparece. Primer plano de los ojos del Chico Nuevo. Primer plano de los ojos de la animadora. Ambos suben flotando hasta las nubes, sin romper nunca el contacto visual. Bajo sus pies, el mundo se desvanece; solo están él y ella, porque solo el amor de ella le interesa y nada más importa.

La realidad regresa con toda su fuerza cuando un chico aparece corriendo por detrás y está a punto de tirarme escalones abajo. Sacudo la cabeza con incredulidad y entro en el instituto preguntándome qué tipo de chico necesitaría ser para poder tener una cita con ella.

GEORGIA. 8:40

Quien quiera que sea ese chico, creo que nuestras miradas se han encontrado.

—¿Y tú qué, Georgia? —pregunta Mia invadiendo mi espacio personal—. ¿Acaso creías que no me iba a dar cuenta?

Mia Davis es la jefa de las animadoras y se toma su puesto muy en serio. Y ahora mismo parece estar lanzando dagas directamente contra mi alma. ¿Pero qué habrá notado exactamente? ¿Me habrá visto poniéndole ojitos a un chico que no está en el equipo de fútbol? Quizá. Examino mi ropa buscando algún fallo: el uniforme de animadora blanco con reborde rojo, calcetines blancos, zapatillas blancas con lazo rojo. No puede ser por mi aspecto, porque lo he clavado.

—No tengo ni idea de lo que me hablas —replico, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. Oh, mierda. Se suponía que tenía que haberme hecho una cola de caballo tirante con...

Mia termina mi reflexión:

—¡El lazo rojo! ¡El lazo rojo! ¡El lazo rojo!

No puedo evitar echarme a reír. Mia sacude la cabeza con sincera decepción.

—Esto no tiene gracia, Georgia Lynn.

Maldición, ha pronunciado mi nombre completo. La situación es grave. Es hora de hacer lo que mejor se me da: cubrir mi trasero.

—Mia, verás, el lazo rojo lo tenía preparado anoche cuando... Nunca creerías lo que...

—Ya empezamos —interrumpe Mia.

—Me desperté y vi un fantasma. ¡El fantasma de una animadora! ¡Que se llevó mi lazo! Me quedé totalmente paralizada, no fui capaz de hacer nada. Créeme, Mia, habría matado por ese lazo.

Ella pone los ojos en blanco.

—Por mucho que me disguste hacer esto, Georgie, voy a tener que ponerte una falta.

Las animadoras estamos sometidas a un estricto sistema de sanciones según las faltas. Cuando hacemos algo mal, como llegar tarde al ensayo u olvidarnos de llevar los estúpidos lazos de pelo, nos ponen una falta. Y cuando acumulas varias te apartan de los juegos y competiciones.

—Está bien —admito, y Mia pone una nota en su cuaderno. Al fin y al cabo, ¿qué puede suponer una falta más? Voy camino de reventar el récord. Soy la LeBron James de las faltas.

Un chico de tercero con una red de pesca encima de la cabeza me empuja.

—Lo siento —se disculpa abriendo mucho los ojos, como si pudiera arruinar su carrera en Hillcrest. Las animadoras son muy respetadas por aquí. Así que técnicamente podría arruinarle la vida. Pero intento usar mis poderes para cosas mejores.

—No te preocupes —contesto con una sonrisa. Él parece aliviado y se pierde entre la multitud. Esto es una locura, está atestado de estudiantes.

El Instituto Hillcrest alberga a cientos de alumnos y miles de tradiciones. El instituto fue construido con ladrillo barato y rituales absurdos.

Una de sus tradiciones sagradas, nunca cuestionadas por nadie, es el «paseo de la vergüenza»: edición del pescador. El primer día de instituto, los mayores se visten con uniforme de camuflaje, llevan cañas de pescar y redes, y se dedican a atrapar a los «pescadores», los de cursos inferiores, a medida que caminan por primera vez hacia la entrada del instituto.

Debe de haber por lo menos cincuenta chicos recorriendo el césped delantero del instituto, lo que le confiere el aspecto de la sección de deportes de unos grandes almacenes. Parece que este año se han superado: incluso han arrastrado un par de barcas a pedales hasta aquí. Los de último año no pierden la oportunidad de celebrar su superioridad y su inminente libertad. El ambiente es bullicioso, agitado y huele a lombrices y a desodorante Axe.

De ahí la presencia de las animadoras. Nos apostamos a lo largo de la acera y mostramos un rostro amable a los novatos que caminan en dirección al instituto. De otro modo, seguramente regresarían corriendo al autobús y no volverían más. Sonreímos, saludamos y agitamos nuestros pompones ante los asustados chicos. Todo muy caritativo y generoso, ¿no? Muy al estilo Michelle Obama.

Siento las gotas de sudor resbalar por mi espalda. Me estoy derritiendo, literalmente. Los veranos de Texas duran doce meses, largos y abrasadores, insoportables, opresivos y pegajosos. Debemos de estar, sin exagerar lo más mínimo, a más de mil grados aquí fuera.

Mia termina de apuntar mi terrible mala conducta en su cuaderno de faltas (al que probablemente se abraza cuando duerme) y me lanza una última mirada.

—¡Georgia! ¡Barbilla alta y sonrisa!

—Oh, pensaba que te lo había dicho —replico—: me rompí la sonrisa la semana pasada. Un accidente terrible...

Mia se cruza de brazos.

—Qué trágico.

—Compruébalo tú misma, esto es lo mejor que puedo poner. —Tuerzo la boca, saco la mandíbula y bizqueo—. ¿Así está mejor, intrépida líder? —pregunto mientras intento mantener la mueca.

—De hecho, estás más guapa que nunca —contesta Mia, y luego muestra la sonrisa que le hizo ganar el premio Pequeña Belleza Miss Dallas 2012. Como siempre, se da por vencida conmigo y continúa examinando la fila de animadoras. No me siento ofendida. Es una de mis mejores amigas, pero puede ser muy pesada. Si no está en modo animadora dominante, suele tener los pies en la tierra.

Mia se planta frente a una asustada novata y examina su uniforme.

—Emily, ¿tan difícil te resulta encontrar unos calcetines a juego? He sido muy estricta porque quería ayudarte. Ayúdame tú a mí con los calcetines, Emily.

Lo reconozco. En el caso de Mia, los problemas de control tienen tendencia a descontrolarse. Pero tiene buen corazón... la mayor parte del tiempo. Es la perfecta encarnación de una animadora: larga melena rubia, ni un solo pelo fuera de sitio, citas con toda la línea de defensa del estado, Mustang convertible y calcetines siempre a juego.

Observo a los novatos apresurarse hacia la entrada y trato de imaginar cuál era mi aspecto tres años atrás. Recuerdo sentirme

aterrorizada, humillada y con ganas de morir todo el tiempo. Mi plan de acción era mantener la cabeza gacha, caminar rápido y luego esconderme a llorar en el cuarto de baño.

Noticia bomba: ¡yo no era nada guay en el colegio! Llevaba aparato en la boca, me encantaban los caballos y tuve mi primer período en la función de séptimo curso. El tema escogido era «Bajo el mar», pero en mi caso se convirtió en «Bajo el mar Rojo».

El instituto suponía un nuevo comienzo para mí. Estaba decidida a cambiar de discurso en Hillcrest. En mi apresurado «paseo de la vergüenza de pescadores», prácticamente había llegado inadvertida a los escalones que conducían a las grandes puertas rojas cuando una animadora me llamó la atención. Era sin duda la chica más guay que había visto nunca. Me quedé petrificada. Y me fijé en dos cosas: su piel perfecta y su corte de pelo a lo duende.

Y no solo me miraba. También me sonreía. El tiempo se detuvo. Los pájaros trinaron. Me sentí especial. Me sentí elegida. Tan especial que aproximadamente una semana más tarde traté de hacerme el mismo corte de pelo. ¿Queréis saber cómo acabó todo?

Sin embargo, nada de eso importó, había comprendido cuál sería mi destino en el instituto: ser una animadora popular.

Y aquí estoy: una animadora popular. Aunque para ser sincera, pensé que sería algo diferente.

Un pompón me golpea en la cabeza. Levanto la vista y veo a Lauren con mala cara.

—Georgia, creo que voy a echar la pota —anuncia, abriendo mucho los ojos mientras se agarra el estómago. *Alguien* salió con su novio la noche pasada y hoy tiene una resaca terrible.

Esta mañana, cuando me desperté, descubrí un montón de mensajes histéricos de Lauren, escritos bien entrada la noche

desde algún bar, montada —y no es broma— en un toro mecánico. Ni siquiera sabía que hubiese un toro mecánico en Addison, pero esto es Texas, y quizá sean obligatorios en todas las ciudades.

Lauren Vargas es alta y guapa, con largo y ondulado pelo negro. Es una animadora prodigiosa, e increíblemente inteligente. Siempre bromeamos con ella diciéndole que tiene la cara de una joven Salma Hayek y el cerebro de Jeff Bezos. Hemos sido íntimas amigas desde preescolar. «Lo» conoce todos mis secretos y yo los suyos (en caso de que se le ocurra contarle al mundo alguno de los míos).

Lleva dos años saliendo con Matt. Están superenamorado y son superadorables y todo es superrepulsivo. Matt es un loco de las fiestas, lo que significa que Lauren también tiene que asistir a ellas. Él es capitán del equipo de fútbol, incluido el *look* de cabeza afeitada tipo David Beckham.

Me hago un selfi, con Lauren al fondo mostrando un aspecto bastante enfermizo. Cuando voy a publicarlo en Instagram, cuento veinticinco nuevos seguidores. Los «pescadores» nos rodean.

—¡Mia! —grita Lauren—. Necesito salir de aquí.

Mia aparece corriendo para indagar. Con cualquiera de nosotras (es decir, conmigo), se pondría furiosa, pero estamos hablando de Lauren, el arma secreta de nuestro equipo, con sus sugerentes piruetas y volatines. Mia no puede presentarse al campeonato nacional de animadoras sin su *ninja* más importante.

Mia palpa la frente de Lauren por si tuviera fiebre.

—¿Vas a desmayarte?

—Puede —farfulla Lo.

Mia se lleva la mano a la cadera.

—¿No tenías una cita con Matt anoche?

—Creo que su cita era con un toro mecánico —intervengo.
Lauren me lanza una mirada letal.

—¡Se supone que era un secreto!

Mierda. Soy pésima para los secretos. ¿Qué puedo decir?
Soy una animadora muy poco fiable.

—Solo diez minutos más —indica Mia—. ¡Tú puedes!

Una vez que Mia se pierde entre la multitud, Lauren se sienta sobre la hierba seca y parduzca. Le lanzo mi pompón sobre el regazo.

—Error mío, el toro mecánico me ha hecho decirlo.

Lauren es casi perfecta, salvo por un pequeño detalle: no es capaz de enfrentarse por sí sola a nada. Sobre todo, si se trata de la reina Mia. Ella, Lo, nunca vomitaría la comida de un restaurante, aunque tuviera miles de pelos dentro. Se los comería con una sonrisa.

Un enorme oso bailarín *beige* emerge de entre la muchedumbre. Es nuestra mascota, Boomer. El disfraz de oso en ante recuerda a Winnie the Pooh si hubiese dejado de comer miel y se forrara a anabolizantes. La mascota agita juguetonamente su cola ante la cara de Lauren.

—¡Quita tu trasero de mi cara, Boomer! A menos que quieras llevar ese disfraz al tinte.

—¡Kelly! —grita Mia acercándose al oso—. Las clases empezarán muy pronto, sal ya de Boomer. Uf, ese disfraz huele como el vestuario de los chicos. Tendrás que limpiarlo antes del viernes.

Boomer le da a Mia un gran abrazo de oso, para pegarle el fuerte olor del pelaje. Tras un par de intentos, Mia consigue apartar al oso en una escena bastante cómica. Boomer le hace una peineta a Mia, pero su guante de piel solo tiene cuatro dedos, de modo que resulta ridículo. Todas estallamos en carcajadas, y Mia finge estar ofendida.

Kelly es indiscutiblemente la mejor mascota posible. Lleva toda la vida siendo la payasa de clase. Es imposible mantener el gesto serio cuando está haciendo algún baile extravagante o imitando a los profesores. No me cabe duda de que Kelly algún día aparecerá en algún programa de entretenimiento del sábado por la noche.

Mia, Lauren y Kelly son mis principales apoyos. Hemos pasado por un montón de cosas juntas. Las cuatro hemos sido prácticamente inseparables desde sexto, aunque ninguna habla de los tres meses, al comenzar el instituto, en que Mia se besó con el novio de Lauren. Eso son dramas mayores.

Agito mi pompón frente a todos mis compañeros a medida que pasan hacia el interior. Soy amiga de prácticamente todo el instituto: alumnos de teatro, atletas, activistas, *gamers*, patinadores, incluso de las chicas que lanzan las banderas al aire cuando toca la banda. Gracias a mis días de secundaria, sé muy bien lo que se siente siendo una marginada. Así que soy amiga de todo el mundo. Soy una animadora del pueblo.

El gentío aquí fuera va disminuyendo; todos se dirigen hacia dentro para llegar a tiempo a sus clases. Kelly aparece corriendo por detrás recién despojada de su disfraz de mascota Boomer, luciendo un uniforme de animadora. Por alguna razón estúpida, la mascota tiene que llevar el uniforme de animadora al instituto cuando nosotras lo llevamos.

Se tira incómoda de la falda.

—¿Por qué tengo que meterme en esta cárcel de poliéster?

Me río.

—Es una tradición —explica Mia con abrumadora autoridad—. Eso ya lo sabes, Kelly, puesto que has leído el manual de animadora de Hillcrest y los estatutos.

—¡Cada noche antes de acostarme! —replica Kelly, saludando a nuestra capitana.

Esta es la tradición que menos me gusta: tener que ponerme el uniforme de animadora el primer día de instituto. Y el día que hay partido. Y el día de la bandera y el día de la fiesta del árbol y... Ya os hacéis una idea.

Es el uniforme de animadora estándar, que consiste en una falda agresivamente plisada (corta, pero lo suficientemente larga para no escandalizar) y un top sin mangas con la palabra «Hillcrest» cosida en el pecho. Tenemos cinco uniformes de animadora diferentes, todos con distintos estampados en los colores del instituto: negro, plata y el rojo más brillante que la retina pueda registrar. Una ropa increíblemente rígida y almidonada. No es broma, es lo que dice la etiqueta: «Lavar a máquina en frío. Secar golpeándolo contra una roca hasta que la roca se rompa».

—¡Chicas! —grita Mia por el megáfono—: ¡Moved el culo a clase!

Por fin, un poco de aire acondicionado.

PONY. 8:51

Después de diez minutos de vagar confusamente, encuentro mi taquilla. Este instituto es enorme. Cuatro pasillos separados que tienen exactamente el mismo aspecto y algunos tortuosos corredores que no conducen a ninguna parte. Mi última escuela, aproximadamente a ciento sesenta kilómetros de aquí, debía de tener la mitad de tamaño.

Introduzco la combinación en el candado, este se abre y, por primera vez esta mañana, respiro hondo. Extraigo los cuadernos de mi mochila y busco mi horario en el móvil.

Estoy repasando el plano del instituto cuando un chico choca conmigo con toda su fuerza —debía de venir corriendo—. Su cuerpo me golpea como un muro de ladrillo, pero consigo

mantenerme en pie. Mi teléfono cae al suelo y se detiene al chocar con una papelería.

En lugar de salir huyendo, el chico se para y recoge mi teléfono, limpiándolo contra sus vaqueros mientras se acerca a mí. Antes de seguir su camino me lo tiende y dice:

—Lo siento, tío.

Tío.

Desde que puedo recordar, mi mayor ilusión era jugar en el exterior a amontonar piedras con los chicos, ensuciarme y coleccionar cromos de béisbol. Odiaba los vestidos y me negaba a llevarlos. Las niñas me ponían nervioso. Me llamaban *tomboy* (marimacho), algo que secretamente me gustaba. Fingía que mi nombre era Tom Boy.

Los adultos a menudo me confundían con un chico. A mí me encantaba, pero a mi madre no le sucedía lo mismo, sino que eso solía avergonzarla. «Es una niña», replicaba airada; ellos se disculpaban y yo solo quería desaparecer. Si mi madre no estaba cerca, no me molestaba en corregir a nadie. Lo dejaba pasar.

Entonces alcancé la pubertad y mi mundo se desmoronó. Sabía que era un chico, pero me desarrollaba como una mujer. Mi pecho, mi rostro, mi voz. Mi cuerpo parecía rebelarse contra mí y evolucionar sin mi consentimiento. No comprendía mis sentimientos y tampoco encontraba palabras para describirlos. Además, no lograba encontrar el valor suficiente para hablarlo con alguien. Ni siquiera con mi hermana.

Más adelante, en 2015, durante el verano antes de que comenzara segundo, empecé a sentirme cada vez más deprimido e incómodo. Intentaba comportarme como una chica y hacer cosas de chicas, pero nunca me sentí a gusto. Era como fingir. Como actuar.

Y, entonces, todo cambió el día en que la revista *Vanity Fair* publicó un reportaje sobre Caitlyn Jenner a escala mun-

dial. Jenner, atleta medallista de oro olímpico, casado con Kris Kardashian y estrella de un *reality*, había declarado ser transgénero. Su transición pública de hombre a mujer cambió mi vida. Había oído hablar de la gente trans (más o menos, aunque bajo el prisma de Texas), pero no terminaba de entender completamente lo que significaba ser transgénero.

Esa noche, durante la cena, mis padres no podían dejar de hablar de Caitlyn. Estaban escandalizados. Para ellos, resultaba inconcebible que un deportista olímpico famoso, ejemplo por excelencia de masculinidad, se «convirtiera» en una mujer.

—¡Si su cara aparecía en la maldita caja de cereales Wheaties!
—protestaba papá.

Mi hermana, solo dos años mayor que yo, pero ya un alma vieja, acabó por irritarse e intentó educarles en el uso de los pronombres, puesto que ellos no dejaban de emplear «él» para nombrarla, pero no sirvió de nada. Al final, se acabó rindiendo a la cabezonería de mis padres y se marchó furiosa a encerrarse en su habitación. La idea del cambio de sexo no parecía tener cabida en el anticuado cerebro de mis padres. Para ellos, era algo sin sentido.

Pero, para mí, era perfectamente razonable. Después de cenar, subí corriendo a mi cuarto e investigué en Google artículos y blogs sobre el tema de los transgénero hasta agotar la información de internet. Todo parecía encajar. Después de muchos años de confusión, finalmente había descubierto la razón de mi incomodidad. Yo era trans. Pero podía cambiar, y ya no estaba solo. Era algo increíblemente emocionante y absolutamente aterrador.

Quizá en el fondo siempre lo había sabido, aunque simplemente no estaba preparado para reflexionar seriamente sobre el cambio de sexo hasta que conocí el caso de Caitlyn Jenner. Y no es que ella sea el perfecto icono trans —no soporto verla con la

visera de «*Make America great again*»—, pero su nivel de popularidad y valentía al salir del armario bajo ese abrumador escrutinio popular atrajo la atención sobre la gente trans y despejó el camino hacia una mayor visibilidad.

Por lo que se refiere a mis sentimientos, soy como un barco que se mueve muy despacio. Cargué con mi secreto durante casi dos años antes de reunir el valor para hablar con mis amigos y familia. Dos semanas antes de empezar cuarto, anuncié mi transición en un breve correo que escribí y reescribí durante casi un mes. No era precisamente una revelación a nivel mundial digna del *Vanity Fair*, pero para mí eran grandes noticias.

Cuando finalmente pulsé «Enviar» en ese correo en el que confesaba mi verdad, tuve un rotundo ataque de pánico. Me sentí vulnerable, expuesto, sin control sobre lo que la gente pudiera pensar de mí. Me acurruqué bajo la colcha y traté de aclarar mi mente.

Mi hermana fue la primera en contestar, con un mensaje muy cariñoso:

¡Oh, Dios! ¡Eres mi héroe! Te quiero, hermano.

Hermano.

Mis padres no me respondieron con tanta calidez cuando entraron en mi habitación esa noche. Mi madre se sentó al borde de la cama con la espalda rígida.

—¿Cuánto tiempo llevas sintiéndote así? —inquirió.

—Toda mi vida —contesté. Mantuve la cabeza inclinada para evitar cruzarme con la mirada de mi padre, que paseaba de un lado a otro de la habitación.

—¿Acaso te sucedió algo durante la infancia? —preguntó, intentando buscar un culpable.

—No —respondí.

—¿Y qué pasa si cambias de opinión, cariño? —insistió mamá.

—No lo haré.

Entonces mi padre se rio, con una espantosa y venenosa risa que aún me hace enfermar cada vez que la recuerdo. Quise decir algo más, pero, como me sucede siempre, cuando llega el momento de explicarme, todo parece enredarse.

Mi instinto había acertado: había sido buena idea enviar un correo y dejar que mis padres tuvieran un poco de tiempo para procesar mi transición: un nuevo nombre, nuevos pronombres y un cambio a la hora de usar el cuarto de baño..., y todo sin tenerme delante. Si me hubiera sentado frente a ellos, no estoy seguro de haber sabido manejar su primera reacción. Sin embargo, de esa forma, nos abrazamos antes de que salieran de mi dormitorio.

No recuerdo haber dormido esa noche. Estaba demasiado ocupado revolviéndome y dando vueltas, lamentando e imaginando que todos mis amigos leían el correo y se reían de mí. Que se llamaban unos a otros para burlarse juntos. O que reenviaban mi correo a todo el instituto para que se rieran todos a una. Fue espantoso.

Hacia las cinco de la madrugada me quedé dormido y, cuando me levanté, encontré diez correos con un montón de emoticonos en forma de corazón. Los amigos y familiares comenzaron a llamar e incluso recibí algunas cartas en el buzón (la vieja escuela). Me quedé aturdido por la respuesta; nunca creí que encontraría tanto apoyo y amor. Eso hacía todo más fácil. Me sentí querido por la gente que me rodeaba, sin que nada más importara.

Y de ahí al montaje de la película del cambio de imagen: deshacerse de la ropa de chica, comprar ropa de chico. Nuevos calcetines, nueva ropa interior. Toneladas de flexiones. Visitar a un médico. Encontrar amigos en el centro de LGTBIQA. Más

flexiones. Comenzar con la medicación para bloquear la pubertad hasta que sea lo suficientemente mayor para tomar testosterona. Todavía más flexiones.

Y mi parte favorita de la transformación: una excursión a un barbero de los de toda la vida para que me hiciera mi primer corte de pelo masculino.

Hasta ese día, toda mi vida había llevado el pelo a la altura de los hombros, siempre recogido en una cola de caballo. Los chicos solían burlarse de mí y robarme el coiletero. Yo los perseguía sujetándome el pelo con la mano. No podía soportar tenerlo suelto, ni siquiera por un segundo. Era demasiado femenino.

Mi hermana me llevó en el coche hasta la barbería y rápidamente se hizo amiga del barbero Mikhail, que prácticamente solo hablaba ruso. Yo no sabía lo que pedirle, así que fue ella quien dio instrucciones a Mikhail sobre el corte que necesitaba: rapado por detrás con raya a un lado. Él sacó la maquinilla eléctrica y se puso al tajo.

Durante mi sesión de peluquería, mi hermana no dejó de teclear frases en el traductor de Google para trasladárselas a continuación a Mikhail. Él la escuchaba y se reía a carcajadas. Aún sigo sin saber lo que le dijo.

Veinte minutos más tarde, Mikhail giró la silla de barbero para mostrarme el resultado final. Apenas pude creer lo que veía y jadeé impresionado.

Por primera vez, la persona en el espejo era un chico.

Estaba listo para saltar de la silla y mostrar al mundo mi nuevo yo, cuando mi hermana posó una mano en mi hombro, manteniéndome en el asiento.

—¿Puedes darle un afeitado clásico? —le pidió a Mikhail.

—No es necesario —indiqué. Aún no había vello que afeitar en mi cara.

—*Sin pelo no necesita, sin pelo no necesita* —replicó él.

Pero ella se mantuvo firme y tecleó algo en su móvil, y luego pulsó en la traducción al ruso. El hombre se rio y empezó a preparar el jabón de afeitar.

Mikhail inclinó la silla hasta ponerla totalmente horizontal y extendió la espuma caliente por mi rostro. Afiló su navaja y puso una toalla blanca perfectamente doblada sobre mi hombro. Yo me aferré a los reposabrazos, nervioso, pero su mano fue firme y precisa. En un solo movimiento, la navaja se deslizó a través de mi cara y recogió la espuma, que luego limpió en la toalla con un práctico giro de muñeca. Todo fue muy metódico. Mikhail dominaba cada movimiento. Llevaba toda la vida afeitando chicos y ahora afeitaba mi inexistente barba. En cierto modo fue un rito de transición.

Cuando Mikhail terminó con el rasurado, me aplicó una loción calmante por la mandíbula y el rostro. La menta quemó mis fosas nasales, pero resultó refrescante, como si me sumergiera en un baño helado. Entonces enderezó la silla, retiró la toalla y dijo:

—¡Tachán! ¡Un flamante hombre nuevo! No. ¡Un flamante chico nuevo!

Ahora mientras guardo el móvil en el bolsillo y me dispongo a encontrar mi primera clase, he vuelto a pensar en Mikhail. Un flamante Chico Nuevo, ya lo creo.

GEORGIA. 8:58

Me dirijo a mi primera clase —milagrosamente pronto— cuando unos musculosos brazos rodean mi cintura por detrás, deteniéndome a pocos centímetros de la puerta. Bajo la vista a las muñecas del atacante y descubro un Rolex.

Jake Carter.

Tiene suerte, estaba dispuesta a soltarle un codazo. Todavía es posible que lo haga.

—¿Qué tal, Georgie? —saluda, mientras me suelta. Me doy la vuelta y encuentro una gran sonrisa atontada. Ojalá pudiera enfadarme, pero es demasiado guapo. La culpa es de su cara perfectamente cincelada. Y de sus rizadas pestañas. Y de sus anchos hombros. Y podría seguir. Jake es como el sol: no puedes mirarlo fijamente durante demasiado tiempo.

Si hablamos de los clichés sobre los *quarterbacks* de un instituto de Texas, Jake Carter encaja en cada casilla: popular, el rey de las fiestas, listo, pelo y dientes perfectos, con una familia absurdamente rica. Se parece a un joven Chadwick Boseman. Y su cara es prácticamente simétrica, lo que es más importante de lo que se pueda pensar.

Jake y yo deberíamos ser una apuesta segura, pero es complicado. Me prometí a mí misma que no saldría con nadie durante mi último año después de lo que sucedió este verano. Mi exnovio, Anthony, era el capitán del equipo de fútbol del año pasado. (Lo admito: tengo un prototipo). ¿No hay algún código entre colegas futbolistas que Jake esté violando?

—¿Qué te pasó anoche? —pregunta disgustado—. No respondiste a mi mensaje.

—Ah, sí... Lo siento mucho, pero mi perra... ¡se puso de parto... y tuvo los cachorros anoche! Ni siquiera sabíamos que estuviese preñada y, entonces, los soltó, treinta cachorros. Un milagro médico. ¡Mañana será noticia en el periódico!

—¿Tienes perro?

—Ahora sí —contesto—. Y cachorritos. De hecho, voy a estar muy ocupada con ellos todo el año.

Él alza una ceja, sin caer, obviamente, en mi treta.

—Georgia, ¿tú y mí? Somos perfectos. Solo dame una oportunidad.

Debería decirle que no y terminar con todo esto. Eso es lo que haría una persona decente.

Pero en su lugar contesto:

—Se dice «tú y yo», Jake, no *tú y mí*. —Y entro en clase.

Obviamente, no soy una persona decente.

Jake grita a mi espalda.

—¡Ese es un mensaje confuso, Georgia!

Entro en clase con un minuto de retraso —¡maldito seas, Jake Carter!— y encuentro un pupitre libre al fondo. La señora Lunsford está pasando lista: Jenny Fitzgerald, Soo Park, Orion Thompson. Los conozco a todos. Miro alrededor buscando los rostros familiares. Nos hemos criado juntos, y los echaré de menos cuando nos graduemos. Esta mañana todo ha sido demasiado caótico, pero finalmente consigo centrarme cuando me siento en clase. Este es el final de un gran capítulo de mi vida.

Me he pasado gran parte del verano temiendo la llegada de este día. Después de lo que sucedió con Anthony, no he vuelto a sentirme yo misma. Pero es mi último año de instituto, y pienso sacarle el mejor partido. Si consigo no enrollarme con nadie, podría ser un año divertido.

La puerta de la clase se abre de golpe y entra un rostro desconocido. Le tiende a la señora Lunsford una hoja de papel. Un momento, ¡es él! El chico de antes. Aquel con el que mis ojos se encontraron en la primera base.

La señora Lunsford alza la vista del papel.

—¿Es este tu verdadero nombre, hijo?

—Sí —contesta él, ignorando algunas risas.

—Clase, quiero que saludéis a nuestro nuevo estudiante, Pony.

¿*Pony*?

Damos la bienvenida al chico nuevo con unos tímidos aplausos y vítores. Parece sorprendentemente tranquilo, pese a entrar en una clase nueva por primera vez. Yo sería un manojo de nervios.

—Pony —dice la profesora—, cuéntale a la clase algo sobre ti.

Y nada. Él se queda ahí plantado.

—¿Hijo? —tantea con suavidad la señora Lunsford.

—Lo siento —contesta él finalmente, y la clase se ríe nerviosa—. En realidad, no hay mucho que decir.

—¿Seguro? —insiste la señora Lunsford.

—Vengo del Instituto Midland. Nos mudamos a Addison este verano.

Me alegra poder mirar más de cerca a este tío. Es delgado, de estatura media, y viste una camisa negra de manga corta abrochada hasta el cuello y zapatillas Vans azul brillante. El pelo negro recién cortado al estilo moderno. Es mono, de una forma suave, como un joven Leo DiCaprio. Me refiero a un Leo con cara de niño antes de que el Titanic se hundiera.

La señora Lunsford da unas palmadas.

—Bienvenido a Hillcrest, Pony. Ocupa tu asiento al fondo, al lado de la animadora. No te preocupes, que no muerde.

—No puedo mantener esa promesa —respondo, y la clase se ríe.

PONY. 9:07

Me dirijo al pupitre asignado sintiendo todos los ojos clavados en mí, calibrándome. Intento recordarme que es mi primer día: que me miran porque soy nuevo, y no porque soy trans. Ellos ignoran que soy transgénero.

Tomo asiento y pienso en lo que he dicho delante de la clase. Qué desastre. La profesora comienza la lección, y lentamente siento cómo la atención se desvía de mí. Relajo los hombros y mando secretamente un mensaje a mi hermana:

Travesía en calma, de momento.

Pulso «Enviar» y casi instantáneamente obtengo una respuesta:

¡No la cagues, hermano!

Mi hermana suele ser muy directa. No está de acuerdo con lo que estoy haciendo, pero sabe que es lo que quiero.

Vuelvo la cabeza y descubro a una animadora mirándome. No es una animadora, sino LA animadora. Me yergo, recordando cuadrar los hombros y sacar pecho. Probablemente esté exagerando. Ella es demasiado guapa para mirarme. ¿O es que quizás ha adivinado que soy trans? Hago como si nada e inmediatamente miro hacia otro lado.

Al finalizar la clase, la animadora levanta la mano. La observo de reojo mientras ella aguarda a que le hagan caso. Tiene el cabello castaño a la altura del hombro, perfectamente liso. Su rostro perfecto, su sonrisa también perfecta, sus ojos, pecas, orejas... todo perfecto.

—Señora Lunsford —interviene sin que le hayan dado permiso para intervenir—, solo quería hacerle saber que me he ofrecido voluntaria para ayudar por la noche en el albergue para los sintecho, así que no podré hacer los deberes.

La clase se ríe y, antes de que la señora Lunsford pueda contestar, suena la campana.

Todo el mundo sale del aula sin mirarme, la novedad del chico nuevo olvidada. Me adentro en el atestado vestíbulo y me pierdo entre la multitud. Soy invisible, como un fantasma que rondara por el instituto. No tengo ningún pasado aquí, solo futuro. Esto es lo que he soñado durante mucho tiempo. Mi flamante nueva vida empieza hoy.

Encuentro el baño de los chicos, respiro hondo y empujo la puerta para entrar. Cuando eres transgénero, los cuartos de baño son un lugar problemático.

Mantengo los ojos en el suelo y camino por delante de los urinarios sintiéndome inmediatamente aliviado al descubrir que el único retrete está vacío. Los urinarios no son precisamente mi especialidad. De hecho, me resulta imposible utilizarlos. Cuando los retretes están ocupados, me quedo esperando incómodo, mientras deseo que nadie se fije mí.

Pero hoy no tengo que esperar. Hoy tengo suerte.

Cuando termino y me estoy lavando las manos (algo que no todos los tíos hacen), escucho una voz profunda detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Levanto la vista al espejo y veo a un tipo alto que viste una camiseta de fútbol. Nuestros ojos se cruzan en el reflejo. El pánico me invade, pero permanezco extrañamente tranquilo. Cierro el grifo y me doy la vuelta, cuadrando los hombros.

—Lo mismo que tú —contesto.

Él da un paso para acercarse.

—Este no es tu baño.

A veces, cuando eres transgénero, los cuartos de baño pueden ser peligrosos.

En mi antiguo instituto, solía cruzar la carretera para utilizar el aseo del McDonald's. En Texas no es ilegal que la gente trans utilice los aseos de su género; simplemente resultaba más sencillo para todo el mundo del Instituto Midland que no entrara en ellos. Hay mucha presión social en ser alguien especial.

Después de que enviara mi correo anunciando mi salida del armario, el rumor sobre mi transición se extendió rápidamente por el instituto. Prácticamente todo el mundo se mostró favorable y emocionado por mi decisión. La gente hacía preguntas que resultaban demasiado personales sin dejar de utilizar erróneamente mi nombre y los pronombres correspondientes (diciendo «ella» en lugar de «él»). Yo me sentía frustrado y herido, pero trataba de ser paciente. Aquello suponía un gran ajuste y eso lleva su tiempo.

OTROS TÍTULOS DE
FANDOM BOOKS

El amor y otras maldiciones

Sandhya Menon

Cenicienta ha muerto

Kalynn Bayron

Fábulas feroces

Nikita Gill

Llama al halcón

Maggie Stiefvater

Una sombra latente

Katharyn Blair

Somos seres alados

Michelle Ruiz Keil

Like. Azul

Gemma Pasqual i Escrivà

Estrella de mar

Akemi Dawn Bowman

Reinas geek
Jen Wilde

Los niños de Willesden Lane
Mona Golabek y Lee Cohen

Virtuales
Sarvenaz Tash

Internamiento
Samira Ahmed

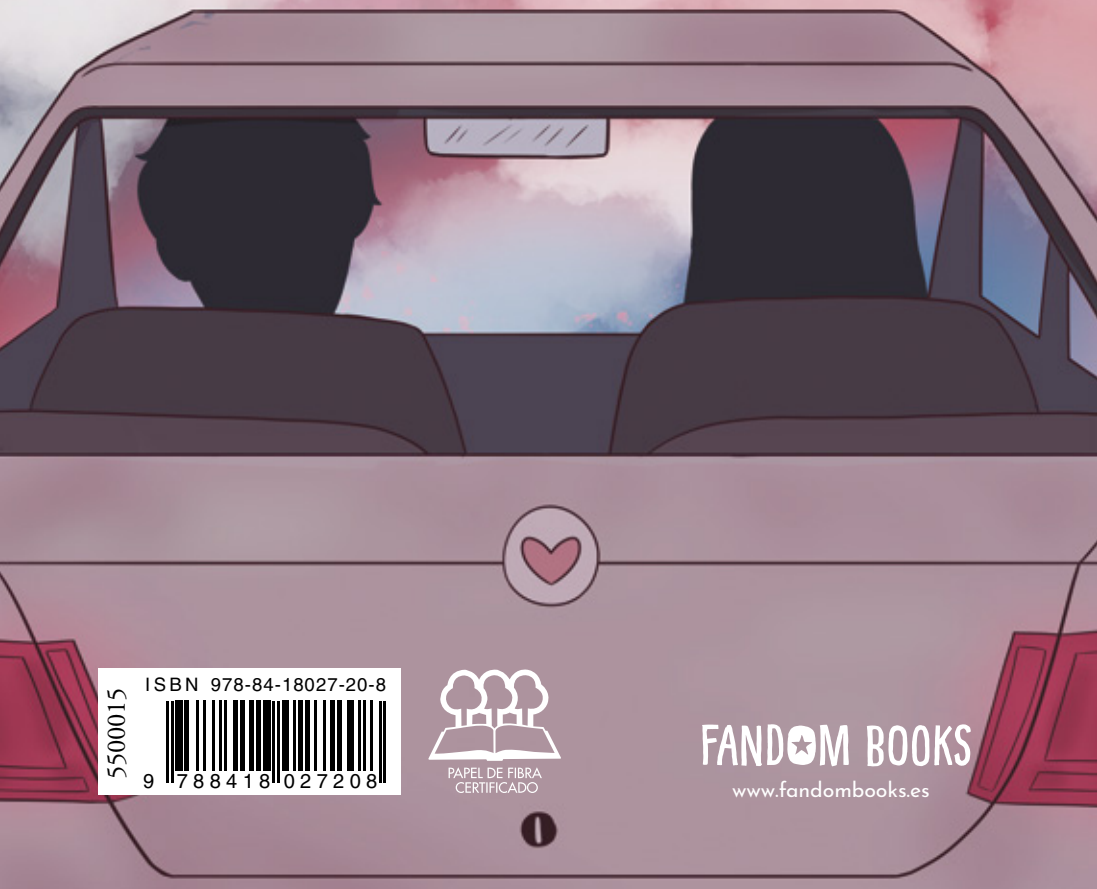
Tras las llamas
Will Hill

MANTÉN LA CALMA. MANTENTE FUERTE. MANTENTE FIEL A TI MISMO.

Pony solo quiere pasar desapercibido durante el último año de instituto. Cansado del interés que suscitaba después de declararse transgénero, espera un nuevo comienzo en Hillcrest High.

Georgia empieza a sospechar que hay vida más allá de las animadoras y los chicos del equipo de fútbol. Por eso, se prometió a sí misma que las citas estarían oficialmente prohibidas este año.

El primer día de clase, el chico nuevo y la animadora se miran a los ojos. ¿Cómo diablos aspira Pony a no llamar la atención cuando quiere acercarse a Georgia? ¿Cómo diablos va Georgia a mantener su promesa cuando conoce a Pony?



5500015

ISBN 978-84-18027-20-8



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es